

Biblioteca-Films

Nºm.
274

SHANGHAY 25
CTS.



Richard
Dix

Mary
Brian

REED, Luther

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

Redacción, Administración y Talleres:
Calle Valencia, 234-Apartado 707

Sdad. Gral. Española de Librería: Barbará, 16

B A R C E L O N A

APARECE LOS MARTES

AÑO VI

Núm. 274

REVISADA POR LA PREVIA CENSURA

"Shanghai Bound" 1927

SHANGHAY

Adaptación literaria en forma de novela de la película del mismo título,
interpretada por los notables artistas

RICHARD DIX y MARY BRIAN

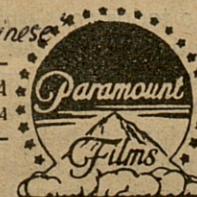
Por MANUEL NIETO GALAN

En Italia:

"Vendetta cinese"

EXCLUSIVA
DE LA INVICTA

P.º GRACIA, 91
BARCELONA



Film Leyendas
Dix/326

REPARTO

Jim Bucklin RICHARD DIX
María MARY BRIAN

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA

PRIMERA PARTE

¡Qué diferencia del antiguo Shanghay, al de hoy!... Para los chinos es recuerdo de milenarias injusticias, para el hombre blanco, refugio seguro contra la protesta armada de un pueblo oprimido. Cuando estalló la revolución amarilla, todos los europeos, procuraron por cualquier medio huir del interior y refugiarse en la capital de Shanghay, donde se sabían libres de todo peligro. Pero, por desgracia, no todos consiguieron su objeto y muchos quedaron retrasados en pueblos interiores condenados a una muerte segura.

Cuando da comienzo nuestra narración, un automóvil se dirigía a toda marcha hacia Shanghay, llevando en su interior a tres viajeros y a una joven de extraordinaria belleza. La noche iba cayendo sobre las cosas y el chófer, a pesar de su gran deseo de adelantar tuvo que decirle a sus dueños:

—Señor, será preciso que pasemos la no-

che en la próxima población. Viajar de noche es todavía mucho más expuesto.

—Bien. Condúcenos a un lugar que creas seguro y mañana continuaremos el viaje hacia Shanghay—repuso el más viejo de todos.

—Pararemos en Chow-luen—volvió a decir el chofer—; es la población más cerca y donde podremos encontrar un hotel cómodo.

Los ocupantes del automóvil eran Roberto Lounden, acaudalado naviero que tenía establecido su comercio en China y padre de María, la preciosa joven que iba con ellos. Su situación de hija única le había dado motivo para ser dueña absoluta, no solamente de sus actos, sino también de la voluntad de su padre. Los otros dos personajes eran Gerald Peyson, uno de estos niños petrimetres, de quien se creía estar enamorada la muchacha, y por último, el viejo Algy, amigo íntimo de Louden y a la vez su secretario.

Los incidentes que últimamente habían tenido lugar en China, habían hecho que el pánico de estos dos últimos fuera de los que no podían disimularse siquiera y todas sus esperanzas las tenían puestas en llegar cuanto antes a Shanghay.

Al cabo de una hora llegaron por fin a Chow-luen, que como todas las del Celeste Imperio, estaba amenazada por las huestes del sanguinario Tai Fang, quien ya había

hecho saber que se presentaría en la población para entrar al saqueo.

El chofer de Louden, ignorante de tales noticias, condujo a los ocupantes del auto al único hotel que había en la ciudad y unas horas después, olvidada la triste situación en que se encontraban, se dispusieron a comer tranquilamente.

Chow-luen, era una estación carbonera para la navegación fluvial en el río Yangtze, y donde, en la actualidad, se hallaba anclado el vapor Hoi-Pin, de quien era capitán Jim Bucklin, uno de esos hombres simpáticos desde el primer momento y en cuyos rasgos fisionómicos se adivinaba un carácter energico y temerario incapaz de retroceder ante el más grave peligro.

Era famoso por su valor el capitán Jim, en todo aquel territorio, puesto que, a pesar de las órdenes de TaiFang, seguía haciendo sus viajes como si se encontraran en los momentos más pacíficos. Este reto, pues no otra cosa venía a hacer la conducta del capitán, había indignado al cabecilla amarillo, que decidió apresar al capitán y para ello sobornó a toda la tripulación para que abandonase el buque, y cuanto por la noche se presentó Jim al barco, el piloto, un chino que era el único que había quedado leal a sus órdenes, le dijo:

—Capitán, nuestras carboneras están va-

cías y la gente ha desertado. Es preciso que huyamos antes de caer en las manos de ese bandido de Tai-Fang.

—Llevas razón, Yen—repuso el capitán—. El permanecer aquí sería una temeridad que no conduciría a nada. Voy a arreglar los papeles y en seguida zarparemos.

Salió del barco con objeto de hacer lo que decía y cuando llegó a la consignataria de buques se encontró con unos hombres desconocidos que le dijeron:

—No podemos darle los documentos que pide. Tai Fang es dueño absoluto del pueblo y no permite que salga nadie... En el hotel hay también algunos europeos que serán detenidos por sus hombres.

Jim no quiso saber más. Pensó en un momento en correr hacia el barco y huir del puerto, pero la idea de dejar en poder de aquel bandido a unos cuantos hermanos de raza, le hizo volver sobre sus pasos y encaminarse hacia el hotel, con el fin de librarlos de una muerte segura y atroz.

N o deje de solicitar el Catálogo General de BIBLIOTECA FILMS que contiene la colección más amena y sugestiva de novelitas cinematográficas Escriba hoy mismo (y se lo mandarán gratis a) BIBLIOTECA FILMS - Apart.º 707 Barcelona

SEGUNDA PARTE

Al llegar a la puerta del hotel se encontró con que el automóvil de Louden había sido destruido y muerto su chofer. Adivinó inmediatamente el riesgo que corrían los demás y se precipitó en el interior del hotel, exclamando:

—Señores, es preciso ponerse a salvo inmediatamente.

—¿Qué es lo que ocurre?—preguntó alarmada María.

—Tai Fang le ha destruido el coche y ha asesinado al chofer—exclamó Jim—. Síganme si no quieren que los maten como a perros. Huyamos hacia el muelle y desde allí podremos emprender el camino hacia Shanghai.

Con la precipitación que exigían las circunstancias se pusieron en marcha hacia el lugar indicado por Jim y poco después llegaron al muelle. Un gran número de revolucionarios quisieron impedir que se acercaran al barco, más Jim, sacando su pistola supo abrirse paso entre todos y lograr que sus acompañantes llegasen al vapor. Apenas habían embarcado y estaban a alguna distan-

cia del muelle cuando llegó Tai Fang y al enterarse de lo que había ocurrido, cerró los puños y amenazando hacia el puente en que se hallaba Jim, exclamó:

—¡Me las pagarás, capitán maldito!... Has muerto a uno de mis hombres, pero tu muerte será horrorosa... ¡Ya verás cómo sabe vengar a sus hombres Tai Fang.

Pero el capitán Jim ya no podía oírlo, había emprendido la marcha hacia Shanghai y Hoi-Ping, navegaba ya por medio del río.

La travesía duraba tres días en tiempos normales, pero en la situación en que se encontraba el barco, sin tripulación, la harían prolongarse lo menos dos días más, si es que no sucedía ningún incidente, como esperaba Jim.

Aquella noche, mientras el vapor seguía su curso, Jim se acercó a una muchacha que hacía las veces de camarera, y le dijo:

—Rosa, ¿por qué no se quedó en Shanghai como le dije?

—Porque comprendí que mi lugar estaba aquí y no quise abandonarlo a su suerte, capitán—repuso energicamente la muchacha.

—Pero, ¿no comprende usted que la situación se ha agravado considerablemente. Es una temeridad lo que ha hecho.

—No importa. Estando con usted tengo la seguridad del éxito de nuestra empresa—contestó la desconocida camarera.

—Gracias, Rosa—exclamó Jim estrechándole afectuosamente la mano—. Creo que llegaremos felizmente a Shanghay si esos hombres se prestan a darnos ayuda. La gente se ha marchado del barco, apenas si tenemos que comer y lo que es peor todavía, no hay quien mantenga las máquinas, a excepción de Buxter, de quien no me fio por su debilidad por el alcohol.

—Me parecen que cuando le proponga usted eso de trabajar, no querrán—contestó la joven—. Por lo que veo, son individuos acostumbrados a que se lo den todo hecho.

—Pero no olvide—volvió a decir Jim—que en el barco soy yo el capitán y ellos no tendrán más remedio que acatar mis órdenes. Demasiado ha hecho con salvarlos, sin saber siquiera quiénes eran.

La joven quedó sonriéndose, mientras se alejaba Jim, convencida del error en que se hallaba su amigo al creer que los viajeros aceptarían el trabajar.

En efecto, no estaba equivocada, puesto que en aquellos momentos, se hallaban indignados ante la conducta del capitán que todavía no había ordenado que les sirvieran la cena.

—¿Estás seguro de que este barco es tuyo?—le preguntó María a su padre.

—Completamente—repuso éste—. El Hoi-

Ping es uno de mis mejores vapores y no puedo confundirlo.

—En ese caso yo haría que ese capitán nos tratará de otro modo bien diferente a como lo está haciendo—exclamó María.

—María lleva razón—intervino Payson tímidamente—. Nos tiene muertos de hambre y él estará a estas horas dándose un banquete.

Durante toda la noche continuaron la marcha lenta y parsimoniosa que desde un principio llevaban, cuando al amanecer se presentaron a Jim los tres viajeros y Louden, encarándose con él, le dijo:

—¿Dónde está el capitán de este barco?

—El capitán soy yo—exclamó Jim.

Payson quiso dar una nota de valentía ante su novia y se adelantó hacia Jim, exclamando.

—Pues yo soy Gerald Payson... Este caballero es míster Louden, propietario de esta línea de vapores... Y esta señorita es miss Louden.

—Y yo el secretario particular de míster Louden—exclamó Algi, viendo que a él nadie le presentaba.

Jim se quedó mirando al muchacho de arriba abajo y sonrió despectivamente ante aquella ridícula figura.

Sin embargo, éste no se dió cuenta de ello,

y continuó diciéndole con un tono que quería ser enérgico.

—Hará usted el favor de no olvidarlo y tratarnos como es debido...

Jim sonrió nuevamente y exclamó como disculpándose de los cargos que se le hacían:

—Ustedes sabrán perdonarme. Aquí estoy casi solo... La tripulación china desertó del buque y si queremos seguir el viaje, tendremos que ayudarnos nosotros mismos...

Payson se indignó ante aquellas palabras y exclamó, mirando interrogativamente a María:

—¿Qué le parece?... ¡Atreverse a mandar que trabajemos!...

Algi rompió a reír a carcajadas, exclamando a su vez:

—¡Ese chico es un guasón!... ¡Miren que decir que trabajemos!...

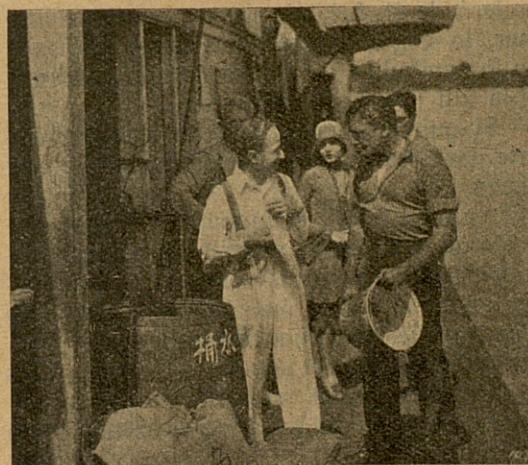
Jim había abandonado la sonrisa despectiva que antes tenía y poniéndose serio, exclamó en un tono que hizo que Payson se alejara de él unos pasos.

—Si quieren llegar a Shanghai tendrán que trabajar, mal que les pese...—y volviéndose hacia Rosa, que había acudido a presenciar la conversación, le dijo:

—Vete a arreglar los camarotes, Rosa.

—En seguida, capitán—respondió aquella demostrando inmediata obediencia.

Cuando la vió alejarse, Jim se volvió ha-



—Usted irá al cuarto de máquinas.

cia el grupo de formaban los demás viajeros y le ordenó a Algi imperiosamente:

—¡Usted irá al cuarto de máquinas!

Algi logró desasirse de la mano de Jim y exclamó burlonamente:

—Calma, amigo... que antes de hacer nada quiero tomar mi baño.

Jim era un hombre que estaba demasiado acostumbrado a que sus órdenes fueran ejecutadas con rapidez y ante el tono burlón empleado por Algi, la indignación que se

apoderó de él, fué tal, que, sin poderse contener, lo cogió por el pescuezo y a la vez que lo zambullía en una barrica de agua que había allí mismo, le dijo:

—Si quieres baño, con éste tendrás bastante para refrescar el melón que tienes por cabeza.

El capitán había comprendido que la salvación de todos esta precisamente en su energía y decidido a hacerse obedecer por aquellos hombres, siguió indicándole a cada uno el cargo que tenía que desempeñar.

Se adelantó hacia Louden y Payson y les dijo en un tono que no admitía réplica:

—¡A coger la pala y a meter carbón en la caldera!

Todavía quiso Payson oponerse a la orden y exclamó, desafiándolo.

—¡Usted no tiene derecho a mandar de esta manera...

—A bordo yo soy el amo y usted hará lo que yo le ordené—le contestó Jim, que empezaba a perder la paciencia ante aquel mequetrefe.

—¡Yo no acepto órdenes de un rata de muelle como usted!—le insultó Payson.

No había terminado de decir esto, cuando de un puñetazo Jim lo hizo rodar por la cubierta del barco. Payson, que de todo tenía menos de valiente, comprendió que las razones que aducía aquel hombre eran demasiado

convincientes y sin poder obstáculo, agarró una pala y se dirigió con su futuro suegro al lugar donde se hallaba amontonado el carbón.

Cuando Jim los vió trabajando, se volvió hacia donde estaba María y le dijo:

—Supongo, señorita, que usted tampoco tendrá inconveniente en trabajar?

—Jamás permitiré que un hombre como usted, me ordene nada—respondió la joven volviéndole la espalda.

—Lo siento mucho—respondió Jim—, porque usted irá a la cocina a encargar de la comida.

—Primero me dejaré morir de hambre—, exclamó María.

—Haga usted lo que quiera—repuso sonriendo Jim—Con tal de que no me falte mi comida en mi camarote estaré contento.

—¿Y cómo es natural querra usted que se la sirva yo misma?

—No hay otra persona que pueda hacerlo—respondió Jim.

La joven no creyó prudente contestarle y se alejó de su lado, mientras que el capitán seguía con la mirada a aquella muchacha que desde un principio tanto había interesado a su corazón.

TERCERA PARTE

Tai Fang no había abandonado, sin embargo la esperanza de capturar al capitán Jim y reunió a su gente para decirles, señalando a un grupo de hombres.

—Tened todo preparado para el asalto en el río. Vosotros podréis quedarnos con la muchacha y los tres hombres blancos, el capitán Jim lo quiero yo, para vengarme de él.

Ajenos a la emboscada que se le preparaba el capitán Jim iba aquella noche sobre la cubierta del barco hablando con su piloto amarillo, el cual le decía satisfecho.

—Ha sido demasiada suerte la nuestra, el poder librarnos de Taig Fang.

—No estoy todavía muy seguro — respondió Jim, que conocía de sobras al bandido—. El río es muy largo y puede contener muchas sorpresas para nosotros, Yen.

—No hay que apurarse, capitán — repuso el hombre amarillo, confiado en la pericia y en el valor de Jim—. Si logramos pasar el vado del Dragón sin novedad, estaremos a salvo...

Jim no dejaba de vigilar a los pasajeros que llevaba y vió que tanto Louden como

Payson habían abandonado las palas y el fuego de las cañeras amenazaba con apagarse, por falta de combustible. Ante aquel peligro se acercó donde estaban éstos y les gritó:

—¡Eh, amigos, a coger las palas, que está faltando fuego en la caldera!

—No podemos trabajar más, — respondió Louden—. Llevamos un día casi sin comer y nuestras fuerzas se agotan.

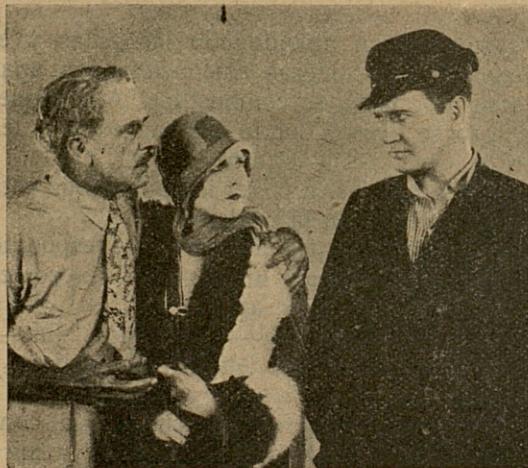
—No es culpa mía — respondió Jim—. Decirle a la señorita María que trabaje y tendrán comida...

María había estado escuchando la conversación que acababan de sostener y miró rencorosamente a aquel hombre de ferrea voluntad que sabía imponerse con tal energía a todo. Cuando hubo desaparecido de aquel lugar, Louden se acercó a su hija y le dijo:

—María, hemos trabajado y tenemos hambre... ¿Cuándo comeremos?

—Le dije a ese individuo que se hace pasar por capitán, que no trabajaría y no trabajaráé aunque me muera — respondió energicamente la muchacha.

Cuando Jim entró en su camarote para comer se encontró con la sorpresa de que sobre la mesa había una bandeja cubierta con una servilleta, bajo la cual aparecían varios platos vacíos. Sonrió ante aquel hecho y exclamó interiormente.



—Este buque es mío y yo soy aquí el amo.

—Peor para ellos. La muchacha no quiere trabajar y de esta forma ninguno comeremos, pero ya se blandará ese carácter...

Por el contrario María en aquel momento le reprochaba a su padre su falta de energía diciéndole:

—Papá, si este buque es tuyo como dices, ¿por qué permites que ese holgazán te dé ordenes como si fueses un chino?

—¡Llevas razón! — exclamó indignado Louden —. Dejaré de ser quien soy, o lo meteré en cintura como se merece...

En aquel instante salió de su camarote Jim y Louden lo llamó para decirle.

—Oiga usted amigo. Este buque es mío... y yo aquí soy el amo...

—Y yo soy Jim Bucklin, su capitán, pero por lo que parece es como si no lo fuese...

—El yate de mister Payson nos alcanzará de un momento a otro, pero hasta tanto, quiero tomar el mando de este buque...

Jim quedó un momento pensativo, pero pronto se convenció de que aquella medida no tendría más resultado que agravar la situación y que ellos mismos serían los primeros en pedirle auxilio. Por lo mismo aparentando una completa tranquilidad contestó:

—Puede tomar el mando, si lo desea, pero me parece que así nos divertiremos más.

Payson al verlo tan sumiso creyó llegado el momento de hacer resaltar su "valentía", y se encaró con él, diciéndole:

—Usted hará lo que mister Louden y yo le mandemos... y nada más...

—No sea usted niño — le contestó Jim, burlándose de él —. A mí sólo me suelen mandar hombres y para niño, tampoco sirvo.

Y dando una sonora carcajada se alejó del lugar, mientras que Payson se quedaba atónito ante lo que él llamaría desvergüenza de aquel hombre.

No obstante a medida que transcurría el tiempo María no podía impedir, a pesar de

todos sus esfuerzos que una viva admiración fuera naciendo en ella por aquel hombre extraordinario y al ver el ridículo que hacía su novio sintió por él cierto desprecio que no tardó en convertirse en una completa indiferencia.

CUARTA PARTE

Firme en su propósito de abandonar el buque a las ordenes de Louden, para que éste se convenciera que sin su concurso nada podían hacer, Jim se fué al puente de mando y se sentó indolentemente sobre una butaca. Al poco rato se le acercó Yen y le dijo:

—Capitán, no hay vapor en la caldera... Mande a esos blancos que cojan las palas, si no queremos quedarnos en mitad del río.

—Es imposible Yen, — repuso sonriendo el capitán—. Esos hombres se creen superiores a nosotros y no quieren admitir mis órdenes.

—Entonces estamos perdidos — exclamó asustado el chino.

—No te apures—volvió a decirle Jim—. Encalla el vapor en la primera barra de arena que encuentres...

—¡Eso no puede ser!—exclamó extrañado el hombre amarillo—. ¿Qué dirán de un piloto que encalla su barco?

—No te importe por eso — siguió diciéndole Jim—. Aquí mando yo y no debe sorprenderte que mande cualquier desatino.

María, desde que advirtió la pasibilidad con que Jim acogía la conducta de sus acompañantes, que desde el momento en que Louden se había hecho cargo del mando, no hacían nada, sospechó que algo extraordinario iba a ocurrir y no le perdía de vista un solo instante. Oyó las últimas palabras que éste le decía al chino y se encaró con el antiguo capitán diciéndole:

—Ahora quien manda a bordo es mi padre... y usted hará lo que el mande...

—Eso dígaselo usted a Yen,—repuso tranquilamente Jim—. Pero me parece que no la va a creer. Y se alejó tranquilamente.

María repitió la orden al chino, pero este sonriendo burlonamente le contestó:

—Aquí mi único amo es Jim Bucklin...

—Es que mi padre lo ha despedido—repuso María.

—Permita que le diga que está usted equivocada, señorita — le dijo nuevamente Ten, con esa solicitud tan humilde con que suelen ofrecer su resistencia los hombres amarillos. Y siguió diciéndole—. Si fuese usted una mujer como es debido, comprendería que

Jim no es el hombre que usted se imagina...

Las palabras del chino hicieron pensar a María que tal vez estaban cometiendo con aquel hombre una injusticia e influenciada más por su corazón que por su pensamiento, quiso deshacer el equivoco.

Desde aquel instante procuró acompañar a Jim, pero este, sin que su conducta significase desprecio alguno, rehuía las ocasiones de quedarse a solas con ella y seguía siendo el ser misterioso de siempre.

La nueva actitud de María fué descubierta por Rosa que le dijo a Jim.

—Yo creo que es para demostrarle que es una mujer enamorada—le contestó sonriendo Rosa.

—Sí, ya se que se va a casar con ese idiota —exclamó con pena Jim.

Había en sus palabras tal dejo de dolor que Rosa no pudo contenerse y le dijo.

—Estoy segura capitán, que esa muchacha de quien está enamorada es de usted.

Jim sonrió tristemente, como dando a entender que no la creía y ella continuó:

—No lo dude, Jim. Yo soy mujer y nadie mejor que nosotras sabemos descubrir los sentimientos íntimos de otra. La señorita Louden está enamorada de usted y espera solamente la ocasión de demostrárselo.

La conversación fué interrumpida por la llegada de María, que al ver que los dos

jóvenes fingían jugar a los naipes, les preguntó:

—¿Qué clase de juego es este?

—Es un juego más antiguo que el mundo —repuso Jim—. Ve usted—dijo tirando una carta—. Esta jugada significa que una reina acaba de perder su trono.

En aquel momento se presentó Yen, expresando en su semblante un pánico terrible y le dijo a Jim,

—¡Capitán, hemos embarrancado!... ¡Si nos descubre Tai Fang estamos perdidos!... ¿Qué hacemos?

—Yo no puedo hacer nada—repuso tranquilamente Jim—. El capitán del barco es ahora el señor Louden.

María, en la expresión del piloto comprendió la gravedad del caso y le suplicó a su vez.

—Por favor, capitán, sálvenos usted.

—Es imposible, señorita —repuso Jim—. Ya sabe usted que el capitán es ahora su papá y a él le toca sacarnos de esta comprometida situación.

También Louden y sus compañeros se dieron cuenta de la situación en que se encontraban y el propio dueño se presentó en aquel momento uniendo sus ruegos y los de sus amigos al capitán para que los salvara. Ante las súplicas de estos Jim, exclamó al fin.

—Si tuviera un poco de vapor aun podría salir de aquí.

—Nosotros le ayudaremos—respondieron a coro todos.

—¿Quién irá al cuarto de máquinas? — preguntó Jim.

—Nosotros iremos, si usted nos lo manda, capitán—respondieron los mismos que antes habían protestado por aquel trabajo.

—Si necesita usted una cocinera, yo guisaré, aunque lo hago muy mal — exclamó María.

Una hora después la embarcación había abandonado el barco de arena donde la había embarrancado Yen y la tripulación se dispuso a comer lo que había guisado María, ayudada por Rosa.

Jim los veía comer desde la borda del barco, sin atreverse a acercarse hasta que María lo llamó diciéndole:

—¿No quiere sentarse usted con su tripulación y comer, capitán?

Aceptó Jim, pero pronto se arrepintió de haberlo hecho. La comida que guisara María era de las que no se hubiera atrevido a comer el hombre más hambriento del mundo. La muchacha vió el gesto de desagrado de sus amigos y de su padre y ante el temor de que también Jim la encontrara mala le preguntó:

—¿Le gusta a usted la manera como yo guiso?



—¿Le gusta a usted la manera como yo guiso?

—Admirable, — exclamó éste haciendo un esfuerzo y sirviéndose aún un segundo plato. Me gusta con delirio. En mi vida he comido nada tan sabroso. Me gustaría saber como lo hizo usted.

Pero ella comprendiendo la excesiva galantería de él, se la agradeció con una mirada de profundo amor, a la vez que le retiró el plato diciéndole:

—Es usted demasiado bueno. Miente solamente por agradarme. Ya se yo que está pésimo.

—No lo crea — respondió Jim—. Se lo digo de veras, está riquísimo.

—Se está usted burlando de mí—respondió doloridamente la joven—. Y al advertir que se habían quedado solos, detuvo a Jim, que hacía intención de marcharse y le dijo:

—Ahora es cuando comienzo a darme cuenta de lo ridícula que he sido... Perdóname usted, se lo suplico.

Jim no sabía si era ahora ella la que se burlaba de él y no osó siquiera contestar a la pregunta. Le parecía demasiado extraño que aquella muchacha tan orgullosa pudiera solicitar su perdón con un arrepentimiento tan sincero. María al ver que no le contestaba, bajó la cabeza melancólicamente y exclamó:

—¿Me aborrece tanto, qué ni siquiera quiere mirarme a la cara?

Jim quiso hacerla sufrir un poco de lo mucho que el había sufrido y se alejó sin contestarle.

María se quedó mirando como se alejaba aquel hombre que había conseguido adueñarse por completo de su corazón y Rosa que la veía le dijo:

—No lo niegue, está loca por él.

María se la quedó mirando extrañada de que hubiera adivinado sus sentimientos y Rosa continuó diciéndole.

—No se apure, que si usted está loca por él, él también lo está por usted.

—Tengo la completa seguridad de que se equivoca—, respondió María.

—No lo crea usted, lo conozco demasiado y puede estar satisfecha de su suerte.

Y mientras las dos mujeres hablaban confesándose sus sentimientos, en el puente de mando Yen le decía al capitán.

Ya estamos a menos de una milla del vado del Dragón...

—No habremos de dejar de notarlo Yen,—le respondió Jim—. Estoy seguro de que tendremos que habérnoslas con la gente de Tai Fang.

Y cada uno sumido en sus pensamientos para la lucha que indudablemente se acercaba, continuaron callados, sin osar interrumpir el silencio que los envolvía.

BIBLIOTECA FILMS

FILMS DE AMOR

Son las mejores novelas cinematográficas

PIDA TAMBÍEN

SOBRE ROSA (Sólo para solteras), 20 cts.

SOBRE GALANTE (Id. para hombres) 20 »

QUINTA PARTE

No se habían equivocado ninguno de los dos respecto al terrible revolucionario, pues apenas llegaron al vado del Dragón, divisaron, varias embarcaciones en el río y Jim exclamó:

—Ya los tenemos aquí, Yen. Fíjate en lo que hay de orilla a orilla del río.

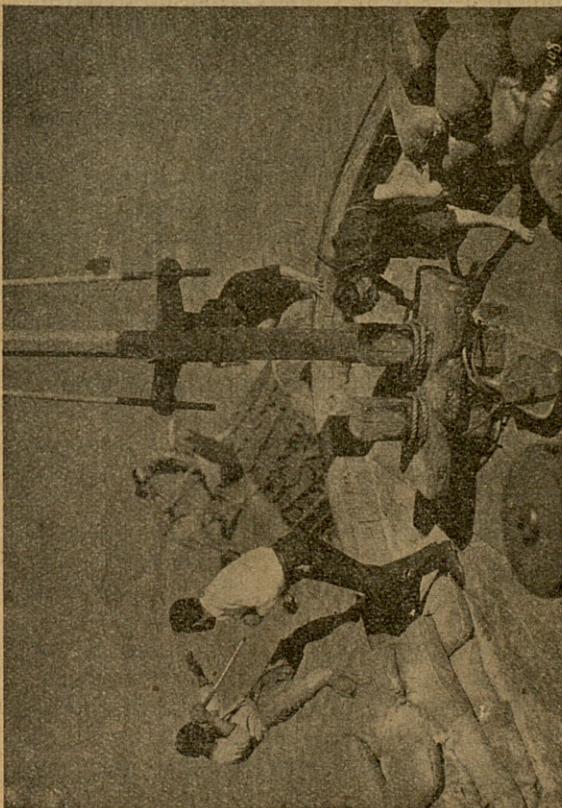
—¡Un cable, para que el barco no pueda continuar! — exclamó sobresaltado Yen.

—Sí, tratan de abordarnos — respondió Jim—, pero pierden el tiempo. Adelante. ¡Si se atreven a abordarnos lo pagarán caro.

Y ante los ojos atónitos de Yen, cogió un cuchillo y se deslizó por la borda del barco, hasta llegar al lugar donde se hallaba el cable. En aquella difícil posición cortó la gruesa cuerda que habían colocado los revolucionarios y momentos después se hallaba nuevamente a bordo diciendo:

—¡Ya está cortado el cable!... ¡Da máquina avante y no te detengas por nada!

Jim comprendía por la actitud de los revolucionarios que pronto sobrevendría una lucha feroz. Conocía de sobras el carácter de los hombres y estos al verse superiores en



De un terrible estacazo derribó al que intentaba subir

número a los de la embarcación, no dudarían en acercarse con sus botes y asaltarla. Para evitar eso Jim, se dispuso a cerrarle el paso y cogiendo un grueso madero, se apostó a la popa del vapor por donde inevitablemente tendrían que subir.

María veía todos estos preparativos con el corazón angustiado por el temor de que alguna desgracia le pudiera ocurrir a Jim y finalmente le dijo:

—¿Qué piensa usted hacer ahora, capitán?

—Lo único que hacen los hombres—respondió este secamente—. Salvarla a usted y salvar a los que la acompañan, que no saben defenderla.

María oyó el reproche bajando los ojos, pero nuevamente el temor se apoderó de ella y exclamó:

—¡No, por Dios!... ¡Yo no quiero que le pase a usted nada... porque, porque yo le amo! Jim fué a dar un grito de alegría al ver que por fin el corazón de la joven le pertenecía, pero ante la proximidad de los chinos se deshizo del abrazo de la muchacha y de un terrible estacazo derribó al que intentaba subir. Un nuevo amarillo que quiso repetir lo hazaña del anterior sufrió el mismo castigo y al poco instante sobre la fragil embarcación de los revolucionarios, solo quedaban algunos hombres. Entonces Jim, sin esperar más tiempo se lanzó al agua y aga-



Luchó con el mismo ardor que en los primeros momentos
de su vida, y cuando el capitán se dio cuenta de que el chino llevaba una gran cantidad de armas, se apresuró a subir al vapor.

rrándose a una banda de la lancha la hizo zozobrar con los que quedaban dentro. La lucha que siguió a aquellos instantes fué inenarrable. Peleaban debajo del agua con cuchillo y Jim, con el cuerpo destrozado por las heridas no reposo buscando anhelante a Fai Tang. Por fin lo descubrió que pretendía huir del lugar de la lucha y haciendo un supremo esfuerzo, nadó vigorosamente hasta darle alcance. Pero las fuerzas eran desiguales. Tai Fang se hallaba fresco, no había luchado, ni tenía la menor herida, mientras que Jim había tenido una gran pérdida de sangre. No obstante su valor indomable no se resintió, luchó con el mismo ardor que en los primeros momentos y al cabo de algunos minutos el cuerpo del revolucionario flotaba sobre el agua.

Mientras tanto el "yatch" Payson había llegado al lado del vapor donde se hallaba María, y sus ocupantes se trasbordaban.

María al ver que huían de aquel sitio y dejaban a Jim abandonado a su suerte, quiso oponerse y exclamó, procurando por desasirarse del abrazo en que la tenían los marineros del "yacht".

—¡No se me lleven!... ¡Quiero volver con él!... ¡Le amo!...

—Imposible — respondió el capitán—. Si volvemos atrás los hombres de Tai Fang nos destrozarían.

El vapor que mandaba Jim, seguía mientras tanto su marcha alejándose del lugar de la lucha, pero no sin que Yen hubiera tenido la precaución de dejar tendido un cable para que Jim pudiera asirse a él y llegar con facilidad a bordo, y de esta manera pudo el valiente capitán, cuando vió por fin fuera de peligro a sus pasajeros, ocupar de nuevo su camarote donde fué solicitadamente curado por Rosa.

Pasaron varios días y una tarde a la hora del te en el aristocrático Hotel Honan, de Shanghai, en una mesa ocupada por varios oficiales de la marina se sentaron María y sus acompañantes. Uno de los marinos, dirigiéndose a Louden le dijo:

—Me han contado que pasaron ustedes un mal rato en su viaje por el río.

—Aquel viaje nos sirvió a todos de buena lección — contestó Louden, acordándose del pobre capitán, a quien creía muerto.

—Yo no salí del cuarto de máquina, apesar del peligro que corriamos—dijo fatuosamente Payson. Pero el oficial le quitó toda importancia a su acción volviendo a decir:

—Deben ustedes la vida al comandante Bucklin...

—¿Al comandante Bucklin?—preguntaron todos extrañados de aquel tratamiento.

—Sí señores — respondió el oficial—. El no me lo contó porque es sumamente mo-

desto, pero Rosa, esa excelente mujer que colabora con él al servicio del Gobierno, me lo explicó todo.

En aquel instante María sintió que una mano se apoderaba de la suya y al volver la cabeza se encontró con la agradable sorpresa del comandante Bucklin, que le hacía una seña, para que lo siguiera. Cuando llegaron a un rincón del jardín y se convencieron de que estaban solos, Bucklin sin soltar la mano de la joven que seguía teniéndola prisionera entre las suyas le dijo:

—María, todavía me hace falta una cocinera, ¿quiere usted serlo?

—Yo quiero todo lo que tú quieras Jim,— respondió la joven, echándose en sus brazos.

Y un beso de amor puro y sincero, ganado casi con la vida, interrumpió el canto de los pajarillos que callaron, al murmullo de aquella deliciosa canción de amor.

F I N

Coleccione usted cada martes

BIBLIOTECA FILMS

Lea usted cada jueves

FILMS DE AMOR

ZANGMANIA

REVISTA
MUSICAL

Números extraordinarios
60 céntimos

Núm. 1 **AGUSTIN IRUSTA**
Partes de piano y letras de
ESTA NOCHE ME EMBORRACHO
y **LA INGLESITA**

Núm. 2 **LUCIO DEMARE**
Partes de piano y letras de
EL CARRERITO
y **POMPAS DE JABON**

Núm. 3 **ROBERTO FUGAZOT**
Partes de piano y letras de
NIÑO BIEN y **AVE NOCTURNA**

Números corrientes
40 céntimos

Núm. 4 **MARCUCCI**
Parte de piano y letra de
LA REJA

— Pedidos a —
BIBLIOTECA FILMS, Apartado 707 - Barcelona
Remita cinco céntimos para el certificado. Franquicia gratis.